

Ante la gloria de Atenas

Escribe: JESUS RINCON SERNA

— I —

Aquí estoy, Hermes, donde se cruzan los caminos, entre la cortina de árboles que azota el viento y la playa gris, dando consuelo a los fatigados caminantes, fresca y sin mácula el agua que derrama la fuente. ANITEA.

La luz del amanecer empieza a rielar sobre el mar Jónico, envuelto en la penumbra que hacia atrás se hace más densa hasta dejar en la obscuridad las ya lejanas costas de Italia. Solo un tenue fulgor del oriente deja ver entre las ondas las islas y las playas de nombres simbólicos. Hacia la izquierda, (pienso), está en la lejanía imprecisa la cumbre del Olimpo, y hacia la derecha hasta donde es posible alzar los ojos desde la cabina de los viajeros se percibe todavía el pálido titilar de las mismas estrellas que en otras edades vieron los marinos y los pastores que dieron nombres a la tierra, al mar y a los astros. Aumenta la claridad rosada y malva hasta que entre nimbos dorados sale —ofuscante— el sol, y pronto nuestros ojos se llenan de maravilla ante la realidad de un sueño, ahora realizado, el de toda alma sensible ante la gracia incólume: ¡Grecia! Ni la más leve nube ensombrece el horizonte, ahora de un perfecto azul, abierto sin límites sobre el mar y la tierra en la mañana —para mí— venturosa. ¡Atenas! ¡Atenas!

El clamor de los viajeros resuena, (como resonará un día el de los cosmonautas cuando lleguen a Venus y a Marte); nosotros también llegamos al solar de Afrodita y de Ares, y por eso se alzan nuestras voces entretejiendo nombres emocionantes grabados en el espíritu en muchos años; nombres deíficos, inaccesibles, **sagrados**, no en el sentido religioso de esta palabra, sino en otro, también muy alto e íntimo, como si el espíritu de Grecia hubiese tocado con su ala dorada y azul nuestros primeros conocimientos.

Bajo el tibio ambiente de la mañana subo lentamente los peldaños hacia esta gloriosa y castigada colina, mirando en cada descanso a la alta, admirada ciudad, antigua y nueva, legendaria e histórica “divina” y humana al propio tiempo, y volviendo los ojos insaciables hacia la altura, en donde al fin se detienen mis pasos y se posan mis labios sobre la piedra

ilustre de la primera columna del templo de Atenea, radiante en el gozo matinal, para mí violento por el halo de gloria inmemorial que el espíritu “ve” ahora como en la iluminación antiquísima que nimbó estas cumbres alucinantes.

Un ambiente de serenidad llena estos ámbitos mientras acaricio cada columna y los ojos se deleitan ante los fustes, los zócalos y el friso deshecho de las metopas. En el silencio de la íntima dicha bajo de la Acrópolis, a donde quiero volver antes del alba para ver, todavía en la noche, la incertidumbre del amanecer, la salida del sol, el pleno día y el atardecer desde el recinto maravilloso, y desde su altura el mar de Odiseo.

— II —

La ciudad de Atenas se dilata, ceñida de montañas, cuyos flancos titilan en la noche con la luz de los hogares domésticos, como una inmensa diadema rutilante que solo se interrumpe en la llanura hacia el puerto del Pireo. Es la Acrópolis su centro perenne, porque solo desde esta colina se la puede contemplar hasta su extremo linde en los montes Himeto, Parnés, Ilisos, Céfiso y Podonipti, de cuyas faldas corren hacia Atenas las aguas invernales y el viento seco del estío. Entre la vasta herradura surgen otros pequeños montes, en el centro mismo de la urbe, coronados de superior grandeza por el fausto enigmático de los hechos insignes y el dolor milenariamente sucesivo de los castigos. Son el Ardetos, el Estrefis, el Pnix, el Collado de las Ninfas, el de las Musas, el monte Licabeto, la altura de Pilopapos y la propia colina de Parthenos que sostiene en su basalto azul los templos de la Acrópolis. Cada uno de estos collados tiene su corona de mármoles, sin cesar acariciados por las manos y los labios de los que tienen alto espíritu, que van a ellos desde todos los extremos del mundo para eso nada más: para posar en esas piedras sus tactos reverentes.

Es muy hermoso ver teñirse el alba, salir el sol, y su ocaso, desde esta cumbre. Yo he vivido esas horas sagradas con la brisa del amanecer y entre los colores innumerables que disipa la noche, y en el ambiente de la evocación casi he percibido los episodios de espirituales magnitudes que han conmovido estas alturas ilustres.

— III —

En edades “anteriores a la leyenda”, cuando el mar Mediterráneo no existía aún y muchas naciones vivían en los valles ahora sepultados, un pueblo de gigantes venido de la Atlántida fue frenado aquí por los guerreros de Atenas y arrojado por ellos en Gibraltar a “La Mar Tenebrosa”. Y cuando el cataclismo sumergió a la Atlántida y partió en dos la cordillera del Atlas y el Atlántico se precipitó para formar el mar Mediterráneo, todavía Atenas quedó erguida sobre su roca de la Acrópolis como testigo de un mundo “anterior”; para que los pontífices egipcios pudieran narrar esta historia a Solón (y éste a veintiocho siglos históricos): que Atenas es la más antigua de las ciudades del mundo, la más noble, la más heroica, la más sabia.

Grandeza y dolor sucesivos han estremecido este suelo, desde las destrucciones posthoméricas hasta Jerjes, los godos, los turcos, hasta la contemporánea pezuña de Hitler. Y la ciudad, que en 1838 había descendido a colonia greco-albana con trescientas casas acurrucadas al pie de la tiznada Acrópolis, se alza hoy entre las urbes "millonarias", en sucesivas vicisitudes de muerte y resurrección, para que se cumpla la premonición, (según la misteriosa tragedia "Edipo en Colono" de Sófocles) de que la ciudad —que guarda los restos de ese rey desventurado— vivirá para siempre.

La Acrópolis es para el espíritu como una flor, hace siglos marchita, o es apenas el lugar en donde esta flor se alzó en estructuras de mármol, fuerte en su interior, sutil y leve en el vuelo de sus pliegues entre el simbolismo aliviado en la **pedra noble** o en el bronce y el oro de que fueron revestidas cada deidad y su templo; pero el que sabe amar las primacías del espíritu, todavía puede embriagarse en su esencia fragante.

— IV —

Aquí están los Propileos, el Pritaneo, el Partenón, el Erectón, el Olimpeión, el teatro de Dionisos, la base del "primer santuario de Atenea", el de Zeus, el de las Cariátides, el de Atenea Victoriosa, el de Hefesto, el de Poseidón, el de Artemisa, el de las Musas (que por eso se llama "Museo"), el de las Gracias, las estancias profanadas por el "harem" y las mancebías de Demetrio; el Erecteón, las bases de los monumentos de Pisístrato, la Clepsidra, la Pinacoteca, la Vía Sacra, los cinco Pórticos, los Pirgos, el Púits, la Escalera Romana, la Gruta del dios Pan, los Témenos de Artemisa, el Templo de Roma, el Belvedere, el "Pandioseon"; y más atrás de los muros micénicos, las pendientes verticales y el muro pelásgico, (en todo su contorno en otro tiempo), el Pandemos de Afrodita, el Egeión, los lugares del Jardín Afrodítico, los muros de Simón, la Gruta de Trasilio y la de los Pelasgos, el lugar en donde estuvieron los Jardines de Eros, el Agio de los Gorgios, el solar de Temístocles, el Odeón (o Templo de los Cantares), y un poco más allá el Huerto de los Peripatéticos y cerca —para las conversaciones espirituales— los Jardines de Academo. De todo ello casi no existe nada: solo un conjunto de columnas, de metopas y frisos batidas por el tiempo implacable y las barbaries inconclusas; solo quedan —digo— los restos de las eclosiones del arte en torsos soberbios y en pliegues que parecen flotar; y las obras de Fidias, de Policleto, de Mirón y de Praxiteles, hace tiempos reposan en los museos de Londres, Roma y París. No obstante, para el enamorado sigue aquí la imagen viva y su esplendor radiante en el arte "divino" y en las esencias místicas de los conocimientos permanentes que se esbozan con suavidades incesantes en la presencia mágica de las revelaciones.

— V —

Hace cinco mil años empieza la "historia" de Atenas (con fundamento documental), cuando los pueblos autóctonos se aprovisionaron de agua en las cisternas de la Clepsidra; fue después la época micénica y la de los

Pelasgos y en muchos siglos la ciudad y su Acrópolis crecieron cuajadas de ornamento hasta llegar el día en que Píndaro pudiera decir en uno de sus Cantos Triunfales que desde los tiempos de Erecteo esta ciudad había levantado en esta Acrópolis un inmueble templo a la deidad que lleva su nombre: "Atena" - Palas, rodeado de jardines y bosquecillos "sagrados" que subían desde las raíces de piedra del monte hasta la Poterna y la Necrópolis de las servidoras de la diosa (cuyas imágenes bellísimas en mármol fueron recientemente descubiertas en las cavas profundas de la colina, para lucir ahora en el Museo). Por esas mismas rampas y escalas de mármol subieron embajadores y reyes, los filósofos, los escultores eximios, los sabios, los generales, los fundadores de colonias, los portadores de ofrendas con sus ex-votos, y los poetas coronados. Y subieron también los danzantes de las orgías, el pueblo piadoso ante sus divinidades, los defensores y los reos en los procesos célebres, y los destructores, iconoclastas y vencedores vengativos.

Desde Cecrops Erecteo empezó el prodigio de las esculturas, que la influencia doria transfiguró en la colina con profusiones magnificantes, hasta la edad "helenística" y la propia decadencia. Su memoria espléndida se hace viva en los escritos de Hecateo, Pausanias y Herodoto que registraron su esplendor hasta el advenimiento de la era bizantina. Hace dos mil setecientos años los griegos fundaron a Bizancio (que creció hasta someter y esclavizar a la Madre); y los turcos herederos apretaron hasta el presente siglo su coyunda ominosa. Los propios atenienses, cuando el Oráculo de Delfos declaró "malditas" las obras monumentales de los Pisis-trátidas, arrojaron de la cumbre de Parthenos, esculturas prodigiosas para que quedara bien claro que —en materia política— las obras del vencido (aunque sean de maravilla), son abominables y objetos del anatema. (Cicerón sabía bien todas estas cosas tras la caída de Pompeyo). Cuando los soldados persas de Jerjes se lanzaron sobre Atenas, los defensores derribaron templos y estatuas para construir barricadas en las terrazas de la Acrópolis, y el incendio de los transitorios vencedores envolvió en color de tizne el antiguo esplendor monumental que flameaba soberbio bajo los soles del Atica. Temístocles inició la reconstrucción sobre la Roca profanada por el vandalismo asiático, la continuó Simón y la llenó de fausto el gobierno de Pericles. Pero en la sucesión temporaria conocieron la ciudad y su Monte Sagrado hasta no más las instancias del saqueo. Solo Nerón llevó a Roma para adornar su "domus aurea" (que no llegó a habitar), cien estatuas de Atenas, las imágenes en mármol, bronce y oro de las deidades helénicas y de los héroes "divinizados" por la admiración, por la superstición o por el arte. Y todavía sobran aquí —para que el enamorado se conturbe de gozo— prodigios escultóricos, memorias para las imaginaciones míticas (y por lo mismo místicas): ciencias y filosofía, arte y elocuencia, pintura y tributo de adoración, y en una palabra, todas las instancias de la sabiduría, en Euclides, Epicuro, Arquimedes y Eratóstenes; en Calínico, Herondas y Demócrito (descubridor de la existencia del átomo); en Sócrates, Platón y Aristóteles, Plotino, Zeón, Gorgias, Antístenes y Trasímaco; en Apolonio de Rodas, Simónides, Alceo, Tirteo, Alcman, Baquilides, Safo, Anacreonte y Anitea; en Bion y Mosco; en Tucídides, Teopompo, Plutarco, Jenofonte, Polibio y Hecateo; en Clístenes, Dracón y Licurgo; en Aspasia, Demóstenes y Esquines; en Esquilo,

Sófocles y Eurípides, y en Aristófanes (que inventó la “comedia”, palabra esta que significa “canto del villorrio” porque fue la expresión popular alzada a la escena), y Galeno e Hipócrates, y Orfeo que en su música y sus versos configuró un ritual diverso a las creaciones místicas de Hesíodo y de Homero. Porque todos estos genios, y cien más, llevaron a la Acrópolis de Atenas su presencia viva, o su expresión mental en el espíritu eficaz que —para el viajero enamorado, que llega aquí desde todas las latitudes de la tierra— se hace patente, como en un desfilarse incesante.

— VI —

Unos días más, y he aquí lo que queda ahora de Delfos y su Oráculo cuajado de enigmas (bajo el rito de los procesos catómicos y catárticos de la incubación adivinatoria): algunas columnas sostienen el arquitrabe carcomido, y las gradas del templo que en una época fue tan rico y bello como lo es ahora el Vaticano. Y lo mismo ocurre con Epidauro y su Teatro que oyó las voces y escuchó a los poetas y sabios, desde Esquilo y Menandro hasta la edad romana. La Pitia habló por vez última cuando al ser interrogada por Juliano lanzó un gemido lúgubre, postrer acento del paganismo bajo el aliento cristiano. Sobre estas ruinas ningún viajero interrogará ahora al Oráculo, porque ya no existe, ni escuchará y verá en Epidauro las tragedias (“sagradas” en su tiempo), de los poetas. Pero yo oigo y veo en las gradas carcomidas de la vieja escena sus voces inmemoriales. Y luego, desde la altura de las colinas de Atenas, los veo y oigo, y mucho más, y está mi alma estremecida como si aún se peleara en la llanura y se combatiera en el mar; como si todavía pasaran cantando las canéforas diademadas de flores, y la juventud —ceñida de verde apio— saliera de los gimnasios hacia los Juegos Olímpicos, o se llenara el espacio con el estrépito y la música orgiástica de las bacantes bajo la protección de las deidades efímeras caídas ante la voz de San Pablo que predicó la palabra de Dios en estas ciudades y en el Agora misma que ven mis ojos desde la cumbre del Parthenos. Y en este desfilarse inagotable, estas columnas rotas atestiguan hasta dónde las **divinidades** concebidas por las imaginaciones de los hombres en las soledades del Asia, se humanizaron aquí, y, ¡hasta dónde los hombres pueden convertirse en “dioses” al soplo abismal de la superstición y el aliento de las cosmogonías!

Atenas, octubre de 1964.